



biblioteca abierta

colección general **estudios interdisciplinarios**

Frente Nacional: política y cultura

Frente Nacional: política y cultura

Rubén Sierra Mejía

Editor

Luis Ángel Méndez

Editor *ad hoc*



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

2021



Archivo familiar, Rubén Sierra Mejía, s.f.

CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Frente Nacional: Política y cultura / Rubén Sierra Mejía, editor. — Primera edición. — Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, 2021.

394 páginas. — (Colección General Biblioteca Abierta. Estudios Interdisciplinarios ; 394)

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo e índice de materias

ISBN 978-958-794-560-7 (rústica). — ISBN 978-958-794-562-1 (e-book) — ISBN 978-958-794-561-4 (IBD)

I. Ciencias

-, editor II. Serie

EN TRÁMITE

CDD-00 000.0000000 / 2021

Frente Nacional: Política y cultura

Biblioteca Abierta

Colección General, serie estudios interdisciplinarios

© Universidad Nacional de Colombia,

Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas,

Departamento de Sociología, 2021

Primera edición, 2021

ISBN impreso: 978-958-794-560-7

ISBN digital: 978-958-794-562-1

ISBN IBD: 978-958-794-561-4

© Editor, 2021

Rubén Sierra Mejía

© Varios autores, 2021

Facultad de Ciencias Humanas

Comité editorial

Luz Amparo Fajardo Uribe, Decana

Nohra León Rodríguez, Vicedecana Académica

Jhon Williams Montoya, Vicedecano de Investigación y Extensión

Óscar Iván Salazar, Director del Centro de Estudios Sociales -CES-

Jorge Aurelio Díaz, Director de la revista *Ideas y Valores*, representante de las revistas académicas

Rodolfo Suárez Ortega, Representante de las Unidades Académicas Básicas

Diseño original de la Colección Biblioteca Abierta

Camilo Umaña

Preparación editorial

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas

Rubén Darío Flórez, Director

Laura Morales, Coordinadora editorial

Juan Carlos Villamil Navarro, Maquetación y Coordinación gráfica

Laura Camacho, Corrección de estilo

Íkaro Valderrama, revisión de pruebas

editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Bogotá, 2021

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Tabla de contenido

Prólogo	11
PRIMERA SECCIÓN	
Contexto general	
JAMES HENDERSON	
Colombia en paz: Frente Nacional 1966-1974	17
FRANCISCO LEAL BUITRAGO	
Importancia histórica del Frente Nacional (1958-1974)	45
SEGUNDA SECCIÓN	
Frente Nacional y compromiso político	
CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO	
Los orígenes mesiánicos del Frente Nacional	73
TOMÁS BARRERO	
Alberto Lleras: democracia, tradición y compromiso intelectual	103
MYRIAM JIMENO	
Los funcionarios de reforma agraria y la emergencia del campo étnico indígena en Colombia	133

TERCERA SECCIÓN

Arte y cultura

DAVID JIMÉNEZ PANESSO	
Los escritores y la política	179
ÁLVARO MEDINA	
Las artes plásticas, la violencia y la guerra fría	219
IVÁN GONZÁLEZ PUCETTI	
Valencia Goelkel y la transformación de la revista Eco	289
CLARA HELENA SÁNCHEZ BOTERO	
Antecedentes de la Reforma Patiño Universidad Nacional (1954-1964)	359
Acerca de los autores	385
Índice de materias	389

Prólogo

ESTE ES EL SEXTO volumen que publica la Catedra de Pensamiento Colombiano, adscrita al Departamento de Filosofía de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, bajo la coordinación del profesor Rubén Sierra Mejía. *Frente Nacional: política y cultura* culmina un ciclo de trabajo colectivo que se caracterizó por la diversidad de enfoques, temas e intereses de los investigadores participantes. En conjunto con los anteriores volúmenes tenemos un corpus de conocimiento multidisciplinar que se gestó a propósito de los periodos más relevantes de la historia nacional y su influencia hasta nuestros días.

El periodo del que se ocupa esta sexta entrega es uno de los que ha tenido mayores repercusiones en la historia reciente de Colombia. En efecto, el pacto bipartidista conocido como «Frente Nacional», que inició en 1958 y se extendió hasta 1974, es una época cuyo eco resuena en el siglo XXI en diversas esferas de la vida nacional. El pacto sellado cabalmente en Sitges entre Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez —los entonces líderes de los partidos liberal y conservador respectivamente—, tuvo como objetivo dar fin a La Violencia. Por su carácter consociacional este pacto no solo influirá en el quehacer político en Colombia, sino que también aportará a la pacificación y a la modernización del país.

Ciertamente, el Frente Nacional suele recordarse, específicamente, por su dimensión política y por las implicaciones que tuvo para el desarrollo de la democracia en Colombia. No obstante, se suele olvidar que durante este periodo la sociedad colombiana transformó muchas de sus manifestaciones culturales, en especial la educación, las artes plásticas, la literatura, el problema agrario, entre otras. Por lo anterior, este volumen recoge nueve ensayos que buscan ofrecer un panorama más amplio de las transformaciones del país durante esos casi veinte años. En la primera sección «Contexto general» se ofrece un horizonte de las causas, el desarrollo y las consecuencias del pacto bipartidista sobre la democracia, el ejercicio político y la paz. En la siguiente sección «Frente Nacional y compromiso político» se ahonda en la dimensión sociopolítica del pacto, resaltando la injerencia de sus principales protagonistas: Alberto Lleras y Laureano Gómez; pero no solo se analizan los políticos, sino también la activa participación de agentes civiles y de los movimientos sociales como el indígena, que nacieron en esos años. Finalmente, la tercera sección «Arte y cultura» ofrece un importante análisis sobre la riqueza iconográfica, sobre las artes plásticas, la violencia y la guerra fría, los escritores y la política, y la producción editorial de la revista *Eco*. Aquí, se muestra el proceso de modernización de esos años que transforma particularmente a la Universidad Nacional de Colombia y a la educación universitaria, con la Reforma Patiño.

La Cátedra de Pensamiento Colombiano fue convocada y coordinada por Rubén Sierra Mejía entre los años 2000 y 2016 y reunió a un grupo amplio de intelectuales colombianos y extranjeros en torno a la reflexión sobre ciertas épocas decisivas de la historia de Colombia. Su originalidad residió en aunar múltiples perspectivas para examinar un determinado período desde la historia, la filosofía, la antropología, la ciencia política, la economía, la literatura, las matemáticas, la arquitectura, la música, la sociología y las artes plásticas. Abrió un debate informado y con el mejor espíritu de la deliberación libre, en el cual los diversos participantes —de la Universidad Nacional, Universidad de Los Andes, Universidad del Rosario y Universidad de La Salle— se enriquecieron con el trabajo de sus colegas y alentaron trabajos de doctorado de estudiantes. Al cabo de tres semestres de discusión sobre el tema seleccionado, cada participante exponía a un público amplio

sus resultados y contribuía con un texto de su autoría para la edición cuidadosa de un nuevo libro. Este experimento de discusión y revisión colectivas abarcó desde la Regeneración hasta el Frente Nacional en un trabajo continuo de seis ciclos durante dieciséis años; en cada uno colaboraron múltiples investigadores y algunos permanecieron a lo largo de todos, asistiendo a un evento semanal donde no solo compartían sus trabajos, sino que hacían del seminario un encuentro de disfrute colectivo.

En la nota preliminar del volumen *La Restauración conservadora 1946-1957* (2012) el profesor Sierra Mejía afirmó que el seminario que sustenta la Cátedra «es, por definición, multidisciplinario, conformado por un grupo de investigadores que no se propone una conclusión final de los problemas que tratan», ni ofrecer un panorama total y orgánico, «sino abordar aspectos que no han sido objeto de atención o que merecían un nuevo tratamiento» (p. 9). En el «Prólogo» a otro volumen titulado *La hegemonía conservadora* (2018), él definió como objeto de estudio de la Cátedra el «pensamiento», concepto vago, dijo que abarca un corpus amplio «que pueda informar sobre la trayectoria social y cultural de Colombia, y que, por consiguiente, permita de alguna manera la reconstrucción del carácter de una época» (p. 10). Este fue el espíritu que fructificó en seis textos y cinco ciclos de conferencias públicas que son contribución al conocimiento nacional, y que se deben a la coordinación certera y al mismo tiempo dúctil del profesor Sierra Mejía.

Este volumen tiene la pretensión de que el lector pueda constatar la importancia de la reflexión hacia los diversos fenómenos que tienen lugar durante el Frente Nacional, busca animar nuevas discusiones y quizás podamos reconocer, en los caminos de nuestra historia, el porvenir de nuestra sociedad, pues, tal y como afirmó Sierra Mejía, el estudio de la «experiencia suministra criterios de innegable utilidad en el análisis de nuevas circunstancias, para orientarnos en el presente en que vivimos» (p. 12).

MYRIAM JIMENO
Profesora emérita
Universidad Nacional de Colombia

LUIS ÁNGEL MÉNDEZ
Asistente editorial
Universidad Nacional de Colombia

Referencias

Sierra, R. (ed.). (2012). *La Restauración conservadora 1946-1957*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Sierra, R. (ed.). (2018). *La hegemonía conservadora*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

PRIMERA SECCIÓN
Contexto general

Colombia en paz: Frente Nacional 1966-1974

James D. Henderson

Introducción

BAJO LOS TÉRMINOS DEL acuerdo político Frente Nacional, los Partidos colombianos Liberal y Conservador se comprometieron a compartir el poder político por un período de dieciséis años, desde 1958 hasta 1974. Aquel pacto logró su objetivo de poner fin a un largo e intenso conflicto entre miembros de los dos partidos. Ideado por jefes liberales y conservadores, el pacto fue esencialmente «consociacional», es decir, un acuerdo formal según el cual las entidades pactadas compartieron puestos electorales a mitades por un período predeterminado. Asimismo, a nivel presidencial acordaron alternar la presidencia del país a lo largo del tiempo indicado.¹ A nivel de país, el «acuerdo consociacional» representa una estrategia por la cual un país con hondas divisiones pueda gobernarse democráticamente. Sin embargo, sufre el defecto de no ser plenamente democrático ya que excluye del juego político a grupos que no figuran dentro del pacto.

¹ Un estudio del Frente Nacional como un pacto consociacional es el de Jonathan Hartlyn, *The Politics of Coalition Rule in Colombia* (1988).

Para una nación como Colombia, de larga tradición democrática, el Frente Nacional representó un arreglo extremo, nacido de la extrema violencia y un tiempo de gobierno autoritario. El pueblo colombiano entendió eso. Por consiguiente, dio su plena aprobación al Frente Nacional en un voto plebiscito en diciembre de 1957.

El Frente Nacional tenía tres metas principales: la primera, devolverle a Colombia su sistema político democrático y constitucional; la segunda, hacer que el buen trato regresara a los procesos políticos; y, la tercera, permitir al Estado colombiano poner fin al sangriento conflicto Liberal-Conservador, denominado La Violencia. El Frente Nacional cumplió con su tarea de forma admirable. Rápidamente puso fin a La Violencia, que terminó siete años después del inicio del Frente Nacional, o sea, en el curso de 1965. Bajo el auspicio del Frente Nacional, líderes liberales y conservadores trabajaron juntos y en armonía por primera vez en más de veinticinco años. Estos logros indican que el Frente Nacional habría podido alcanzar sus metas en solo ocho años, hecho que los líderes políticos de la nación ignoraban en 1957. Así, el acuerdo debió haber estado en fuerza hasta el año 1974. Como la memoria histórica es corta, La Violencia, de 1947-1965, rápidamente tomó el aspecto de un incidente histórico, la ciudadanía colombiana se olvidó del valor pacificante del acuerdo y se enfocó en sus muchos defectos. En el período comprendido entre 1966 y 1974 los enemigos del acuerdo tacharon el Frente Nacional como corrupto y dictatorial. Para la juventud colombiana en especial, el Frente Nacional llegó a parecer la fuente de todos los males del país.

El presente estudio se enfoca en la segunda mitad del acuerdo Frente Nacional, desde 1966 a 1974, un período en el que Colombia estuvo en paz, aunque no fuera propiamente una nación pacífica. A lo largo de la segunda mitad del pacto, las tasas de violencia eran bajas en Colombia. Por ejemplo, durante aquellos años la tasa de homicidio por cien mil habitantes se asemejaba a las del resto de América Latina.² La vida civil funcionó bajo normas constitucionales. Aun cuando algunos grupos armados existieran fuera de la ley, manteniéndose

2 Es decir, a un promedio de aproximadamente veinticinco homicidios por cada cien mil habitantes.

en sitios remotos en donde su impacto era poco. Este estudio revelará que los dos presidentes elegidos en el curso de la segunda mitad del Frente Nacional, Carlos Lleras Restrepo y Misael Pastrana Borrero, mantuvieron la paz nacional mientras jugaron un papel clave en acelerar la modernización del país. El hecho de que los dos jefes de partido, el uno Liberal y el otro Conservador, compartían casi la misma visión para su nación, la de asegurar su progreso económico bajo égida de normas democráticas y constitucionales, demostró que el tiempo del áspero conflicto Liberal-Conservador había llegado a su fin en Colombia.

A pesar del éxito del Frente Nacional en devolver la paz a Colombia y asegurar la continuidad de su progreso económico, cuando llegó a su fin en agosto 1974, una sombra se había extendido por toda la nación. Fue la sombra de una nueva violencia que iba a ser mucho más dañina que La Violencia. En 1975 ya se hacía visible, para no terminarse sino ya bien entrada la primera década del siglo XXI. Esta Nueva Violencia colombiana no tendría nada que ver con la enemistad entre liberales y conservadores.

El conflicto Liberal-Conservador en la historia

El Frente Nacional puso fin a más de cien años de contienda Liberal-Conservadora en Colombia. Desde la perspectiva histórica global, aquella competencia partidista constituyó solo una faceta en un debate que había perdurado casi medio milenio y que transformó el mundo en todos los niveles. Es tan interesante como importante, que el frecuentemente violento debate entre liberales y conservadores presenció su último episodio en la América del Sur, en Colombia. Cuando liberales y conservadores colombianos se pusieron de acuerdo, en 1957, el conflicto genérico Liberal-Conservador ya había vuelto a ser una memoria distante en el resto del mundo occidental. Solo en Colombia este había perdurado por tantos años.

El conflicto Liberal-Conservador se inició en tiempos del Renacimiento Europeo. La batalla la iniciaron los liberales en 1543, momento en que se publicó el libro *Sobre la revolución de las esferas celestes* de Nicolás Copérnico. El prudente astrónomo polaco hizo que su obra se publicara unas semanas antes de su propia muerte para evitar

la persecución que le habría venido encima a manos de los defensores del sistema de Ptolomeo. Medio siglo después, a principios del siglo xvii, al científico y profesor universitario Galileo Galilei, quien popularizó la visión de Copérnico, le faltó la prudencia del astrónomo polaco. Galileo enseñó las ideas copernicanas en aulas universitarias de Génova, y luego de Roma, a estudiantes asombrados frente al nuevo paradigma del universo. Aquella visión de la tierra y de su cielo escandalizó a los conservadores hasta el punto de casi costarle la vida a Galileo. Ante los jueces de la Inquisición, en 1633, el profesor estrella esquivó la pena máxima cuando abjuró de sus ideas herejes. A pesar de eso, Galileo pasó el resto de sus años encarcelado en su propia casa. Fueron los conservadores, entonces, quienes ganaron la primera contienda contra los liberales.

El siglo xviii presenció continuos desacuerdos entre liberales y conservadores. El más importante de ellos tuvo su origen en una cancha de tenis en junio de 1789. La reunión que allí se celebraba representaba para toda Europa el imperativo hacia la política moderna. Los representantes del Tercer Estado francés exigían al gobierno la democracia y supremacía constitucional. Lo que siguió fue una revolución sangrienta en el curso de la cual los conservadores perdieron de forma definitiva. Habían ganado los liberales.

El siglo xix presenció una cadena impresionante de victorias liberales. Los patriotas italianos, José Mazzini y, luego, José Garibaldi, proponían con éxito su visión de una Europa republicana, libre del mando tradicional de reyes y emperadores. En América Latina los liberales celebraron victorias por toda la región. En México, la Guerra de la Reforma, en la década de 1850, consiguió para los liberales la promesa de cambios fundamentales en su país, como, por ejemplo, la separación de la Iglesia y el Estado. En Argentina, décadas después de la caída del dictador Juan Manuel de Rosas, liberales como Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre patrocinaban una variedad de reformas liberales que impulsaban el país hacia la modernidad. Pasó lo mismo en los demás países de América Latina.

Los conservadores no perdieron siempre en el curso del siglo xix. Empapados en su canon ideológico y en el abolengo, del cual se investía a Aristóteles y a los famosos doctores de la iglesia católica

romana, varios de ellos libraron batallas exitosas contra sus adversarios ideológicos. En Ecuador, el presidente Gabriel García Moreno devolvió extensos poderes de tipo tradicional a la iglesia. En el vecino país, Colombia, los conservadores celebraron la llegada del siglo xx con una victoria contra los liberales, en una contienda sangrienta denominada la Guerra de los Mil Días. Aquella victoria aseguró el dominio del conservatismo hasta el año 1930. El largo dominio del Partido Conservador colombiano, frente a un Partido Liberal vigoroso, señala al país como único en una región donde los Partidos tradicionales Liberales y Conservadores ya habían dejado de existir.

El liberalismo colombiano asumió nuevamente el poder en Colombia en la elección presidencial de 1930, manteniendo su poder hasta 1946. Se dieron dieciséis años de reforma liberal para el país, los cuales finalizaron cuando los conservadores triunfaron en la elección presidencial de 1946, en medio de altas tensiones políticas. Hubo brotes de violencia partidista después de la victoria conservadora. A un año de estas elecciones, liberales y conservadores pelearon en múltiples regiones de la nación, conflicto que iba a ser conocido como La Violencia. El mundo intentó entender La Violencia colombiana. Para estudiosos enterados de la historia de las Américas, lo que ocurrió en Colombia tuvo el sabor de las peleas partidistas libradas en el siglo xix, en un tiempo premoderno. También curioso fue que La Violencia colombiana tuvo el aspecto de guerra civil no declarada, espontánea, siendo sus principales protagonistas campesinos liberales y conservadores. El desangre, que costó casi doscientas mil vidas, en su gran mayoría gente humilde del campo, salió del control de los jefes políticos del país.

El bipartidismo en Colombia, desde la Guerra de los Mil Días hasta el Frente Nacional

La política Liberal-Conservador en Colombia fue más complicada de lo que pareciera a primera vista. Desde lejos, Colombia parecía ser un país de turbulencia política constante, donde la ciudadanía nacía siendo Liberal o Conservador, por lo que compartían «odios heredados» a lo largo de sus vidas. Pero aquella percepción no se acompaña con dos aspectos de la vida colombiana: su excelente récord

de avance económico y su buen récord de gobierno democrático y constitucional. ¿Cómo habrían sido posibles esos logros en medio del continuo conflicto partidista? La aparente contradicción surge del hecho de que, a lo largo del dominio de los Partidos Liberal y Conservador, el país tuvo, efectivamente, no dos partidos sino cuatro, ya que cada partido tuvo su ala moderada, cuyos miembros eran proclives a colaboración bipartidista; la otra ala dentro de cada partido consistía en miembros más ideológicos y extremistas; así es que había un alto grado de conflicto potencial dentro de los partidos. Muchas veces las batallas libradas dentro del mismo partido eran tan amargas como las contiendas entre los partidos mismos.

Los grandes conflictos partidistas en Colombia, con su frecuente desenlace en la guerra civil, casi siempre encontraron sus orígenes en la intransigencia de los ideólogos que poblaron la izquierda del Partido Liberal y la derecha del Partido Conservador. En los años después de la Guerra de los Mil Días, los ideólogos liberales llevaban el nombre de «militaristas» y sus contrapartes en el partido opuesto eran los conservadores «históricos». Los moderados dentro de cada partido eran, para el partido Conservador, los «nacionalistas»; los liberales moderados eran los «civilistas». Resultó ser que los moderados dentro de los dos partidos siempre se imponían después de cada guerra civil, cuando los rebeldes invariablemente perdían. Después de aquellas guerras, entonces, los moderados de ambos partidos entraron en acuerdos a través de los cuales promovieron el país nuevamente hacia el progreso dentro del marco democrático. En el curso de los veinticinco años que separaron la Guerra de los Mil Días y La Violencia, Colombia presenció cuatro temporadas de gobierno bipartidista gracias a las cuales el país pudo aprovecharse de la paz y el progreso. En la historia política de Colombia esta alternación de conflicto partidista y colaboración bipartidista dio cierto aspecto cíclico a su historia. El Frente Nacional representó el quinto y último experimento bipartidista Liberal-Conservador en la historia del país.

La primera temporada de bipartidismo posterior a la Guerra de los Mil Días ocurrió con la presidencia de Rafael Reyes, conservador nacionalista, elegido en 1904. Cuando Reyes encontró que su capacidad de gobernar y de promover la modernización del país

era impedida por sus copartidarios que controlaban el Congreso, Reyes tomó acción. Cerró el Congreso y procedió a gobernar en compañía de conservadores nacionalistas que apoyaban su plan de desarrollo nacional, y con liberales civilistas, a través de una asamblea constituyente auto seleccionada. Los cinco años del gesto cuasi-democrático de Reyes se conoce en la historia colombiana como el Quinquenio. Con el destierro de Reyes en 1909, Colombia entró en una notable época de gobierno bipartidista. En el curso de ella se vislumbró un partido nuevo, la Unión Republicana, compuesto de liberales y conservadores moderados. A lo largo del período presidencial (1910-1914) aquel gobierno coalicionista adelantó la tarea modernizadora iniciada por Rafael Reyes. En 1914 se desintegró la Unión Republicana ante la renovación del bipartidismo tradicional. Los conservadores controlaron el gobierno hasta el año 1930.

Los liberales regresaron al poder en las elecciones del año 1930. El nuevo presidente, Enrique Olaya Herrera, liberal moderado, pactó con conservadores nacionalistas, cuya ayuda le permitió enfocarse en los problemas ocasionados por la depresión económica global, y en otros problemas surgidos de una breve guerra con el Perú. Aquel período de gobierno coalicionista terminó en 1933 cuando el conservador histórico Laureano Gómez se encargó de su partido, dando fin a la colaboración con los liberales.

El último ensayo de cooperación bipartidista anterior a la formación del Frente Nacional fue motivado por el asesinato del caudillo Liberal Jorge Eliecer Gaitán en abril de 1948. Cuando liberales amotinados, junto con miembros de grupos izquierdistas, no solo destruyeron el centro de Bogotá, sino también atacaron al Palacio Presidencial y causaron daños en muchas otras partes del país, el presidente Mariano Ospina Pérez, conservador nacionalista, se juntó con liberales moderados para devolverle orden al país. Aquella coalición bipartidista duró menos de un año, en el curso del cual La Violencia alcanzó sus más altos niveles. En octubre de 1949 Ospina Pérez cerró el Congreso y puso a Colombia bajo estado de sitio. El año siguiente, Laureano Gómez fue elegido presidente del país frente a una abstención política total de parte de los liberales. Tres años más tarde, los conservadores nacionalistas conspiraron con el comandante del Ejército Nacional,

Gustavo Rojas Pinilla, también de ascendencia conservadora, para tumbar y desterrar a Laureano Gómez. Los Conservadores ospinistas esperaban que Rojas fuera su títere, pero el General muy pronto escogió su propio rumbo e impuso al país un mando autoritario.

Las acciones de Rojas Pinilla llevaron a los liberales y a los conservadores, ya marginados del proceso político, a entrar en conversaciones cuyo fin fue destituir a Rojas Pinilla y devolver al país a vías constitucionales. El producto de aquellas conversaciones fue el Frente Nacional, acuerdo que hizo fácil destituir a Rojas Pinilla, en junio 1957. Aprobado rotundamente en el plebiscito nacional de diciembre de 1957, el primer presidente bajo el acuerdo, el Liberal moderado Alberto Lleras Camargo, tomó posesión en agosto 1958. Según el acuerdo, su período presidencial sería de cuatro años, con su sucesor siendo un mandatario conservador. Así se formó el quinto acuerdo bipartidista visto en Colombia desde el año 1905.

La obra modernizadora de Carlos Lleras Restrepo y Misael Pastrana Borrero

Debido a la falta de violencia en el país, gracias a la obra de los dos primeros presidentes frente nacionalistas, Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia, los dos últimos mandatarios del acuerdo bipartidista, Carlos Lleras Restrepo y Misael Pastrana Borrero, tuvieron el lujo de poder enfocarse en el desarrollo económico de Colombia. Su momento presidencial coincidió con un momento crítico en el desarrollo del país. Colombia, al momento del gesto administrativo Lleras-Pastrana, se definía como un país «en vías de desarrollo», que calificaba a un amplio grupo de Estados soberanos, muchos en Latinoamérica, durante la segunda mitad del siglo xx. Los treinta países líderes en el mundo se calificaban de «países desarrollados». Un amplio tercer grupo de países, menos favorecidos, eran calificados de los «países menos desarrollados». La meta para Colombia y sus Estados hermanos latinoamericanos en vías de desarrollo había sido, desde los principios del siglo xx, promover la industrialización hasta el punto de poder entrar, en el mejor de los casos, en el exclusivo club de los países desarrollados. Fue una meta difícil para todos, inclusive para los líderes regionales Brasil, Argentina y México, porque

los países latinoamericanos eran relativamente pobres y vivían de la exportación de materias primas a los países desarrollados. A pesar de sus desventajas, los Estados de América Latina se lanzaron a la primera etapa de la industrialización, que consistía en la manufactura de artículos de consumo no durables, elementos como comidas procesadas, manufacturas simples y textiles. Aquella primera etapa de la industrialización inició a finales del siglo XIX/principios del siglo XX. El impulso a la industrialización «hacia adentro», como se lo llamaba, asumía mucha más importancia en la década de 1930, cuando el colapso de la economía mundial los dejó con sus abundantes materias primas, junto con sus economías, dirigidas a la extracción y envío a los países desarrollados, pero sin clientes. Por esta razón, muchos latinoamericanos rechazaron la teoría del libre intercambio económico entre naciones y se inclinaron hacia la teoría de autodesarrollo basado en la industrialización. El proponente principal del desarrollo hacia adentro fue el economista argentino Raúl Prebisch. El argumento de Prebisch fue que todos los países que habitaban la «periferia» del mundo desarrollado debían desarrollarse cueste lo que cueste. Señaló Prebisch que, al no hacerlo, los países de la periferia se encontrarían frente a una eterna desventaja en términos de intercambio comercial. Tendrían que vender sus recursos naturales dentro de un mercado internacional que les pagaba cada vez menos, pero que vendían sus manufacturas a precios siempre más elevados. Según esta lógica, rotundamente aceptada por toda América Latina, los países de la región debían echar fuerza para industrializarse tan rápido como fuera posible. El imperativo para ellos fue pasar lo más rápidamente posible desde la etapa relativamente fácil de fabricación de bienes de consumo no durables, a la segunda, considerablemente más difícil, de fabricar bienes de consumo durables, como electrodomésticos, repuestos para automóviles, químicos y todos los demás productos que requerían alta elaboración industrial. La etapa final en el proceso fue la de producir la maquinaria capital —las máquinas con las cuales las demás se fabrican. Alcanzar aquel nivel de la industrialización hace posible que un país sea socio en el club de los industrializados. Solamente Brasil se encontró capaz de hacerlo en el curso del siglo XX y, en menor grado, México y Argentina.

Al llegar a la mitad del siglo xx, tanto Colombia como los otros países principales de su región, habían alcanzado el primer nivel de la industrialización y estaba plenamente dedicado a la etapa de producir sus propios artículos de consumo durables. El dilema común entre ellos era que la manufactura de aquellos bienes quedaba en manos de empresas transnacionales. En aquel momento histórico, la tarea principal para los países en vías de desarrollo fue reducir la influencia de los transnacionales y reemplazarlos, hasta el punto posible, con manufacturas durables nacionales. Fue uno de los problemas que enfrentó Colombia cuando subió a la presidencia Carlos Lleras Restrepo. Ya era claro que las empresas transnacionales explotaban su monopolio sobre el mercado interno. Sus fábricas producían a alto costo, aunque de calidad inferior, productos por consiguiente que no eran competitivos en el mercado internacional. Además, remitían sus ganancias fuera del país. Cuando los dos últimos presidentes del Frente Nacional colombiano asumieron el poder, una de sus tareas fue librar a su país del dominio explotador de las empresas transnacionales, al mismo tiempo que intentaban fortalecer el sector industrial nacional, a pesar de la fuerte presión de los Estados Unidos y los demás países desarrollados de abrazar el libre comercio.

Otra complicación a nivel económico fue que en 1966 Colombia ganó el grueso de sus reservas internacionales a base de la exportación del café. Los dirigentes de la política económica del país entendieron que era necesario ir más allá del café en cuanto a productos de exportación, es decir, diversificarlos. Para completar este repaso de las necesidades colombianas durante la segunda mitad del Frente Nacional, hay que decir que el país sufría del histórico problema estructural eterno de la zona rural: la mala distribución de la tierra, el desempleo y la pobreza del campesinado; adicionalmente, la falta de cualquier tipo de recurso humano para la gente humilde del campo. Mientras tanto, Colombia en aquel momento estuvo en una etapa de urbanización y modernización veloz. El país les presentó a Carlos Lleras y a Misael Pastrana una mezcla económica bastante complicada; hacer progresar a su país frente a una economía mundial exigente. En resumen, los dos últimos presidentes del Frente Nacional asumieron el reto de hacer que su nación avanzara dentro del esquema del desarrollo nacional.

Por suerte para Colombia, ambos presidentes poseían larga experiencia en el campo de la economía, lo cual, sumado a la habilidad de sus equipos administrativos, permitió que los dos últimos presidentes del acuerdo bipartidista lograran sus objetivos.

Tan pronto como Carlos Lleras subió a la presidencia se le presentó un problema típico de aquellos que encabezaban los países en vías de desarrollo. En el momento que se posesionó, agosto de 1966, Colombia se inundaba con manufacturas importadas, la mayoría de las cuales venían de los Estados Unidos. Aquellos productos habían reducido las reservas internacionales del país, recursos importantes para programas del nuevo presidente, en especial los que tenían que ver con la diversificación de exportaciones y la reforma agraria. Lleras apeló al Monetary Fund (IMF) para un préstamo de emergencia. El préstamo fue aprobado, pero con condiciones que incluían el requisito de que los mercados colombianos quedaran abiertos a las importaciones extranjeras. Lleras abruptamente rechazó el préstamo y sus condiciones, señalando que tales condiciones serían dañinas tanto económica como políticamente. En su acción contra el IMF, Lleras siguió fiel a su razonamiento, a saber, que los países en vía de desarrollo deberían proteger su industria nacional contra la libre importación de manufacturas extranjeras. Veintidós años antes, como delegado colombiano a la conferencia Bretton Woods, Lleras había criticado la doctrina de fronteras abiertas al comercio internacional, doctrina principal del liberalismo económico. No es de sorprender que se mantuviera firme en su filosofía proteccionista tantos años después. Al mismo tiempo que rechazó el IMF, Lleras declaró un estado de sitio económico en Colombia, que le permitía imponer controles de cambio y restricciones sobre importaciones.

El pueblo colombiano vio con buenos ojos la política económica de Carlos Lleras, en especial su insistencia en que el Congreso cooperara en una reforma constitucional, cuya meta sería fortalecer la rama ejecutiva en el manejo de la economía nacional. Al entrar en la presidencia, Lleras había fortalecido el Departamento Nacional de Planeación, elevando a su director a nivel cuasi-ministerial. El Congreso dio su aprobación a las acciones de Lleras Restrepo frente al IMF hacia principios de 1967, y el año siguiente aprobó una reforma constitucional

que dio al presidente más poder en el área de la economía. El Artículo 122 de la reforma, otorgó al presidente el derecho de declarar un estado de emergencia económica cuando lo viera necesario.

La reforma constitucional de 1968 le permitió a Carlos Lleras formular medidas que promovieran la diversificación de las exportaciones, algo que fue una de las propuestas de su campaña presidencial. Así consiguió el poder de requerir a los bancos comerciales proveer crédito para nuevas inversiones a través del encaje obligatorio y también de fomentar la creación de nuevas industrias orientadas hacia las exportaciones. Aquellas iniciativas se implementaban a través de agencias cuasi-estatales como el Instituto de Fomento Industrial y la Asociación Nacional de Industriales. Tres programas interconectados, iniciativas de la rama ejecutiva, dieron impulso a la diversificación de exportaciones. Estas consistían en un sistema libre de derechos conocido como el Plan Vallejo: un sistema de reembolso denominado CERT, además de créditos subsidiados bajo la administración de una nueva agencia, PROEXPO. Controles monetarios, más un sistema gradual de inflación monetaria, fueron otras medidas tomadas por Lleras para animar el fomento de las exportaciones no tradicionales. Mientras que el impacto de aquellas medidas se vio poco durante la presidencia de Carlos Lleras, lo contrario sucedió durante el mandato de Misael Pastrana. Colombia se encontraba económicamente estable al final de la presidencia de Lleras Restrepo, El balance favorable de comercio fue restaurado y su PIB incrementó en 6,8 % durante el periodo comprendido entre 1968-1970 (cf. Pécaut, 1988, p. 77). El rápido mejoramiento en las fortunas económicas colombianas durante el régimen de Carlos Lleras constituyó solo un ejemplo más en el buen manejo macroeconómico colombiano a lo largo del siglo xx.

A Carlos Lleras Restrepo hay que colocarle dentro de la tradición de notables mandatarios colombianos modernizantes como Rafael Reyes y Alfonso López Pumarejo. Autodidacta en economía, Lleras había servido a su gobierno en capacidades económicas durante las décadas de 1930 y 1940, algo que explica cómo Lleras, de formación abogado, llegó a representar su país en la conferencia Bretton Woods. Su interés en la economía surgió de su compromiso con la reforma agraria. Temprano en su carrera política había dado liderazgo a la campaña de dividir y distribuir

grandes haciendas cafeteras en el departamento de Cundinamarca y sus acciones tuvieron influencia en la ley de reforma agraria de 1936. Casi veinte años después, cuando se constituyó el Frente Nacional, Lleras fue clave en la creación del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA), en 1961, que dirigía la expropiación y distribución de grandes terrenos sin explotar. Como la iniciativa de INCORA se había debilitado durante la presidencia de Guillermo León Valencia, Lleras intentó vigorizarla por medio de la creación de un nuevo grupo de presión campesina denominada la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). El ANUC fue tan eficaz que en tres años tuvo 750 000 socios, quienes jugaron un papel significativo en la elección presidencial del sucesor a Lleras, Misael Pastrana Borrero (*cf.* Borja, 1991, pp. 587-588).

Cuando Lleras Restrepo transmitió la presidencia a Misael Pastrana, aquel había alcanzado su meta principal al fortalecer al Estado colombiano. Dejó nuevas agencias dotadas de funcionarios altamente educados, tecnócratas jóvenes que dirigían la rápida modernización del país. Lleras dio a tales entidades influencia significativa a nivel de la planeación nacional. Por ejemplo, inició la tradición de hacer que el director de Planeación Nacional leyera su informe semanal, en voz alta, ante el presidente mismo, y sus ministros con portafolio económico, tradición que se continuó bajo sus sucesores en la presidencia (*cf.* Urrutia, 1991, p. 117). Entre aquellos ministros estaba Misael Pastrana Borrero, quien había servido de consejero económico a los presidentes colombianos desde Mariano Ospina Pérez y que, bajo el mandato de Lleras Restrepo, había servido como su punta de lanza en numerosas gestiones económicas presidenciales.

En su afiliación partidista, su filosofía política y su personalidad, Misael Pastrana se distinguía en muchos aspectos de Carlos Lleras, al mismo tiempo que compartía mucho con su antecesor en la presidencia. Pastrana apoyó el ideal del Frente Nacional de poner fin a la enemistad entre Liberales y Conservadores. Siendo de la línea nacionalista dentro del conservatismo, Pastrana se inclinó hacia la cooperación con miembros del partido opuesto al avanzar el interés nacional. Bajo el mandato de Alberto Lleras Camargo había desempeñado los cargos de ministro de Fomento y ministro de Obras Públicas. Como Carlos Lleras, Pastrana fue nacionalista, proteccionista

y proponente del desarrollo hacia adentro. Emuló a Lleras Restrepo en su apoyo de la planeación.

Pastrana fue hombre sobre una cuerda floja cuando subió a la presidencia en agosto de 1970, momento turbulento en la vida civil colombiana. Para muchos le faltaba legitimidad debido a su elección controvertida. Había ganado contra Gustavo Rojas Pinilla por unos pocos votos, y muchos culpaban a Lleras Restrepo de haber asegurado, a todo costo, que ganara Pastrana. Pero a pesar de la elección tormentosa del 19 de marzo de 1970, fue claro que Misael Pastrana ejercía la presidencia en un momento de suma importancia para el desarrollo de su país. El proceso de urbanización, notable desde hace dos décadas, procedió con cada vez más prisa. Los beneficios de las reformas económicas de Carlos Lleras se veían siempre con más claridad. El balance de reservas del exterior fue positivo y el PIB aumentó a un ritmo extraordinario. Además, Pastrana entró en la presidencia con un plan económico que iba a cambiar Colombia de manera notable.

Como su antecesor en la presidencia, Pastrana reunía alta experiencia en el campo de la economía con una disposición tecnocrática. Fue esta segunda cualidad la que le llevó a casar su presidencia con un extenso plan de desarrollo a nivel nacional. Se inspiraba en el llamado «Plan Currie de desarrollo nacional», un proyecto del economista canadiense Lauchlin Currie, quien era hombre de profunda experiencia en el campo de planeación a nivel nacional. Este llegó a Colombia en 1950 como miembro de un equipo del Banco Mundial, con el fin de elaborar un esquema general para el desarrollo del país. Para Currie, una necesidad principal para el país andino era agilizar sus factores de producción: sus tierras subproductivas, su mano de obra también insuficientemente productiva —además analfabeta en su mayoría— y la inclinación del capital nacional hacia la inversión monopolista. El conjunto de aquellas debilidades, decía Currie, había dejado a Colombia con una economía letárgica. Durante las décadas de 1950 y 1960 Lauchlin Currie había divulgado sus ideas sobre los problemas económicos de Colombia y cómo remediarlos, eso por medio de charlas públicas, cursos universitarios y a través de la

publicación de libros y ensayos.³ Misael Pastrana Borrero estaba bien enterado de los argumentos de Currie. Al llegar a la presidencia decidió adoptarlos en su totalidad, lo que se hizo en 1971, a través de un plan denominado «Las cuatro estrategias». En primer lugar, el plan hizo de la construcción de casas y apartamentos urbanos el sector líder de la economía colombiana. Para conseguir capital suficiente para la construcción de vivienda tanto como para su compra, se fomentó una red interconectada de corporaciones de ahorro y vivienda, y de bancos de ahorro donde se garantizaba a la gente ordinaria altas tasas de interés para sus depósitos, bajo el mecanismo denominado UPAC, o Unidad de Poder Adquisitivo Constante. La segunda de las estrategias trató sobre la tecnificación de la agricultura, en especial en el área de las exportaciones no tradicionales. Un sector agrícola así vigorizado e inclinado hacia el mercado extranjero generaría otras reservas fiscales para adelantar la estrategia de desarrollo. La tercera de las estrategias tenía que ver con la mano de obra rural. Lauchlin Currie había señalado a la mano de obra rural como una traba sobre la economía nacional debido a su baja productividad por la falta de empleo en el campo, los bajos niveles educativos y la pobreza; además de la correspondiente falta de poder adquisitivo dentro del campesinado raso. Según la lógica de Currie, el auge en la construcción urbana atraería mano de obra campesina, elevando así su nivel de vida y el de sus familias. La cuarta estrategia fue proveer a la gente más necesitada nuevos servicios sociales mientras fortalecía los ya establecidos. Entre las iniciativas nuevas bajo el Plan de las Cuatro Estrategias de Pastrana y su gobierno, estaban Abastos, grandes mercados urbanos de comestibles; la creación de un nuevo sistema de medicina familiar; y nuevas entidades financieras, como el Banco del Trabajador.

En 1971 el director de planeación de Pastrana, Roberto Arenas, hizo llegar a Bogotá a Lauchlin Currie, para ayudar en la dirección del complicado programa. Cuando Misael Pastrana dejó la presidencia

3 Para consultar la biografía principal sobre Lauchlin Currie véase *Vida y política económica de Lauchlin Currie* (1990). Sobre su plan de desarrollo para Colombia, véase *Operación Colombia* (1966).

en agosto de 1974 era claro que el plan de las Cuatro Estrategias había alcanzado la mayoría de sus metas. Las UPAC habían hecho de Colombia una nación de ahorradores. Asimismo, los nuevos bancos hipotecarios ayudaron a los miembros de la clase media emergente a hacerse dueños de apartamentos y casas. Las exportaciones no tradicionales habían incrementado en una forma notable al final del período presidencial de Pastrana. Entre 1970 y 1974 el grueso de exportaciones había incrementado cinco veces. La única falla en el plan desarrollista se encontró en el área de sueldos para la mano de obra. Los sueldos reales mínimos se estancaron debido al gran número de campesinos ya emigrados a zonas urbanas del país. Sin embargo, estos sí gozaron de empleo, el cual no siempre habían podido conseguir en el campo, y a sus hijos se les ofrecieron oportunidades educativas más amplias, sumado a un cuidado médico que antes les faltaba en el campo. Una de las mejores consecuencias del plan desarrollista de Misael Pastrana fue que puso en marcha un ciclo virtuoso de empleo y consumo interno. Aquel ciclo se aprovechó del incremento de capital e industria doméstica, ampliado de nuevos ingresos generados por el aumento de consumo interno y de las exportaciones tradicionales y no tradicionales. Así, Colombia tuvo la buena suerte de evitar la contratación excesiva de préstamos para el desarrollo, lo cual fue la política de Brasil, México, y muchos otros estados latinoamericanos, por lo cual pudo evitar la «crisis de la deuda» y «la década perdida» de 1980, cuando los préstamos se secaron mientras los intereses sobre préstamos ya contratados se remontaron.

Cuando Pastrana salió de la presidencia el PIB de Colombia había incrementado a una tasa extraordinaria, de más del 7 %, y la economía, en términos generales, florecía (*cf.* Pécaut, 1988, p. 218). Es indudable que los logros del período 1970-1974 se fundaban en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, por lo que los dos últimos presidentes del acuerdo bipartidista Frente Nacional realizaron el ideal de que miembros de los Partidos Liberal y Conservador obraran conjuntamente y de manera colaborativa por la causa del bien nacional.

Inquietud política y cambio social, 1966-1974

Los dos últimos períodos presidenciales del Frente Nacional coincidieron con un tiempo de fermento cultural e inconformidad

política en el mundo occidental. Durante el periodo comprendido entre 1966 y 1974, una ola de protestas surgió a lo largo de Europa central y occidental; en Norte América, desde los Estados Unidos a México; de Centro América a América del Sur. Estas fueron encabezadas por jóvenes, la mayoría de edad universitaria, que protestaban contra todo lo que se veía malo en la sociedad. Entre sus blancos se contaron el racismo, la desigualdad social, la explotación de los pobres por los ricos, el capitalismo, el consumismo y el imperialismo. Los Estados Unidos fue su blanco particular, en especial por la guerra en Vietnam. El idioma de la protesta era el de Karl Marx. Los revoltosos salpicaban sus argumentos con términos como clase dominante, proletariado, plusvalía y socialismo revolucionario. Se declararon enemigos de antiguas normas y costumbres establecidas, y contra límites sobre la libertad personal y de expresión. Los activistas frecuentemente referían a su protesta como «el movimiento», mientras que la cultura ya establecida frecuentemente la denominó la «cultura de la juventud». En general su meta era cambiar la cultura occidental a todos los niveles: político, social e, incluso, cultural. La protesta tuvo éxito en muchos sentidos, aunque en donde la cultura de la juventud avanzó su agenda a través de la violencia, no solo fracasó, sino que produjo una feroz contraviolencia.

La gran mayoría de las protestas entre 1966-1974 eran pacíficas, destacándose su uso de la música, el sexo y las drogas ilegales, en especial la marihuana. En los Estados Unidos la protesta, hacia fines de la década de 1960, se llevó a cabo por los *hippies*, fenómeno que se asociaba con la costa occidental del país, en especial California. Al otro extremo de la nación el ambiente *hippie* saturaba el Festival de Woodstock, celebrado en el verano de 1969; dos años más tarde México celebró su propio Woodstock, en Toluca, ante los ojos de una población mayor escandalizada. Berlín presenció el bohemio Kommune 1, mientras que en París el levantamiento estudiantil de 1968 por poco tumba al gobierno nacional. En los Estados Unidos se vio el comienzo del feminismo y la campaña de derechos civiles para los homosexuales.

En aspectos importantes el movimiento fue político y militante. Jóvenes negros en los Estados Unidos organizaron el movimiento Poder Negro (*Black Power*). Más hacia el sur, grandes protestas estudiantiles se veían en México y en la Argentina, en donde los militantes

se apoderaron de Córdoba en agosto de 1969. Para ellos el capitalismo salvaje fue su *bête noir*, un sistema económico que tildaron de fuente de todos los males sociales. Los manifestantes latinoamericanos celebraron un momento estelar en Chile en 1970, cuando el socialista Salvador Allende asumió la presidencia de su país. Allende lanzó un fuerte programa de nacionalización de empresas transnacionales, adelantó la reforma agraria y prometió hacer de Chile un faro de la democracia socialista en el continente de Sur América. El nuevo presidente colombiano Misael Pastrana fue anfitrión de Allende en 1971. Lo que compartía el presidente conservador y su contraparte social demócrata era su nacionalismo, su estatismo, y en especial su enemistad contra la influencia de empresas transnacionales en sus países respectivos.

Militantes violentos de aquella época, que seguían la filosofía del marxismo-leninismo, promovían la toma del poder por fuerza militar. La Europa de 1970 presenció la formación de las Brigadas Rojas en Italia y la facción del Ejército Rojo en Alemania. Se consideraban guerrillas urbanas, como los Tupamaros de Uruguay, y perseguían su lucha contra el imperialismo con secuestros a lo largo de «los años de plomo», como se definía la década de 1970. Aquellos grupos tenían su contraparte en los Estados Unidos con el Weather Underground y el Symbionese Liberation Army, el cual captó la atención del país con el secuestro de la heredera Patricia Hearst en agosto de 1974. Casi todos los países de América Latina presenciaron la formación de grupos revolucionarios marxista-leninistas, inspirándose muchos de ellos en la Revolución Cubana y en su líder Fidel Castro, que en diciembre de 1961 se había declarado marxista-leninista, y que volvió a ser un proponente de la revolución guerrillera a lo largo de América Latina.

Cuando los grupos revolucionarios avanzaron sus programas en los países principales del continente, los gobiernos respondieron con violencia. En 1968 las fuerzas armadas de México realizaron una masacre de manifestantes estudiantiles en el barrio de Tlatelolco, en la ciudad capital. Al llegar 1974, las fuerzas armadas mexicanas liquidaron al grupo guerrillero Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), que había montado una ofensiva general en aquel año. En Brasil, el Estado ya había destruido a sus guerrilleros urbanos

al llegar el mismo año 1974. Brasil, Uruguay y Argentina atacaron a sus grupos guerrilleros por medio de «guerra sucia», con secuestros, torturas y ejecuciones extralegales, frecuentemente contra personas pacíficas no pertenecientes a las guerrillas. Fueron acciones de los declarados Estados de Seguridad Nacional bajo dirección de las fuerzas militares de los respectivos Estados. El ejemplo más horroroso de la guerra sucia resultó ser el de Chile, donde las fuerzas militares derrocaron al presidente Salvador Allende en 1973 y asesinaron miles de jóvenes izquierdistas de una manera demasiado bárbara.

En comparación con otras partes del mundo occidental, entre 1966-1974, el ambiente colombiano fue relativamente benigno en materia de protesta social a pesar de que la juventud colombiana sí participó en la ola de inconformidad política. Debido al hecho de que La Violencia había tomado el aspecto de un incidente histórico, el acuerdo cuasi-democrático bipartidista que puso fin al conflicto volvió ser el blanco principal de su ira. La protesta estudiantil aumentó en los meses que precedían a la tormentosa elección presidencial de 1970, cuando los estudiantes apoyaron al candidato antifrentenacionalista y populista Gustavo Rojas Pinilla. Entre la elección de Misael Pastrana y las elecciones de 1972 las protestas fueron fuertes y seguidas, siendo acompañadas por el cierre de universidades a lo largo del país. Pero las pasiones estudiantiles se calmaron con las elecciones de 1972, que fueron limpias y relativamente tranquilas. El movimiento de Rojas Pinilla, con su Partido ANAPO, se había debilitado. Con el fin del Frente Nacional a la vista, y la popularidad del precandidato presidencial Alfonso López Michelsen, antiguo enemigo del acuerdo bipartidista, las pasiones políticas se calmaron y los estudiantes regresaron a sus aulas.

No todos los jóvenes colombianos fueron militantes políticos durante los años de Lleras y Pastrana. El país tuvo su propio movimiento contracultural juvenil el cual se enfocó en la música, el sexo y el consumo de sustancias alucinantes. Colombia celebró su propio festival tipo Woodstock en 1971, casi simultáneamente con el «Woodstock mexicano» en Puebla. El sitio donde se realizó fue el Parque Ancón, en Medellín. Allí, miles de jóvenes colombianos, junto con visitantes de otros países, inclusive algunos de Europa y los Estados Unidos,

escuchaban música rock, fumaban marihuana y hacían el amor bajo un cielo lluvioso. Los participantes del extranjero notaron la potencia de la marihuana colombiana.

Colombia fue, en resumidas cuentas, decididamente parte del movimiento antiestablecimiento mundial, que tuvo el efecto de abrir su sociedad a nuevas maneras de pensar y actuar, dándose de manera no violenta, aunque no del todo. Como el resto de América Latina, Colombia presenció la formación de grupos guerrilleros durante la década de 1960. El ejemplo de la Revolución cubana inspiraba y convencía de que era posible instalar el socialismo en Colombia por vía revolucionaria. Pero como en el resto de Latinoamérica, desde México al Cono Sur, los revolucionarios no prosperaban. Cuando llegó Carlos Lleras Restrepo a la presidencia, varios de los primeros grupos guerrilleros habían sido derrotados por la fuerza pública. En la mayoría de los casos sus líderes fueron tomados presos, juzgados, y encarcelados por unos pocos años, para luego ser liberados. Así fue el caso de Tulio Bayer y Ramón Larrota en 1961. Otros pocos murieron en el combate, como por ejemplo, el cura revolucionario Camilo Torres Restrepo, en 1965.

Aunque no hubo mucha actividad guerrillera durante 1966-1970, sí ocurrió un incidente significativo. Tuvo su origen en la necesidad de recursos para los grupos alzados en armas. En agosto de 1969, la guerrilla más antigua de Colombia, las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), concluyó su Cuarta Reunión con un llamado a todos los revolucionarios armados del país a financiar sus actividades por medio del secuestro de personas adineradas para luego recibir un cuantioso rescate. El secuestro, casi desconocido en Colombia antes de 1960, había sido una estrategia de las FARC desde su inepción en 1965, cuando el grupo secuestró al industrialista vallecaucano Harold Eder. Cuatro años después, con su declaración formal a favor de aquel método de conseguir dinero, el secuestro estalló en Colombia. Solo dos meses después de la Cuarta Reunión, en octubre de 1969, el militante Luis Fernando Tamayo, de la guerrilla ELN (Ejército de Liberación Nacional), secuestró a dos negociantes suizos, también en el departamento del Valle. Carlos Lleras declaró el estado de sitio en Valle del Cauca y envió el ejército nacional a ocupar el departamento. Los secuestradores soltaron a los negociantes

extranjeros después de haber recibido un rescate de 700 000 USD. Unos pocos días antes del fin del período presidencial de Carlos Lleras, el pueblo colombiano se escandalizó nuevamente cuando desconocidos secuestraron al exministro Fernando Londoño, soltándolo tras el pago de un cuantioso rescate.

Los primeros años de la década de 1970 presenciaron la máxima actividad guerrillera en América Latina y el mundo. En Colombia no fue así, ya que, aunque las FARC y el ELN montaron ofensivas en la Cordillera Central del país, ambos intentos tuvieron desenlaces desastrosos para los dos grupos. En junio del 1973 el ELN fue casi destruido por el ejército nacional en la Batalla de Anorí. Y un año más tarde las FARC fueron, por su propio reconocimiento, «casi liquidadas» en combate con el ejército (cf. Arango, 1984, p. 90). Los sobrevivientes de ambos grupos salieron cojeando a regiones despobladas en las selvas del oriente de la Cordillera Oriental. La ineffectividad del movimiento guerrillero colombiano llevó a un analista a opinar, en 1975, que «el guerrillerismo . . . por si mismo [es] insuficiente para garantizar un programa que sirva de guía revolucionaria para las masas» (Ocampo, 1975, p. 14).

Cuando Misael Pastrana transfirió el poder presidencial a Alfonso López Michelsen, en agosto 1974, parecía que todo estaba bien en Colombia. La Violencia Liberal-Conservadora era ya una memoria lejana, nadie dudaba que miembros de los dos partidos históricos del país nunca más tomarían armas en guerra civil los unos contra los otros; la economía nacional florecía; y, más importante, la nación estaba en paz. Escribiendo en diciembre de 1974, el perspicaz analista de Colombia, el francés Daniel Pécaut, se maravillaba ante el progreso del país a través de los años de la segunda mitad del Frente Nacional: «En una América Latina presa desde hace diez años de toda clase de sacudidas», escribió, «Colombia aparece como inmutable» (Pécaut, 1988, p. 155).

Orígenes de la Nueva Violencia bajo Lleras y Pastrana

Desafortunadamente Colombia estaba lejos de ser inmutable al final del Frente Nacional. De hecho, el país se encontró al borde de una nueva época de violencia peor y más dañina que la Violencia

de 1947-1965. La Nueva Violencia colombiana se inició solo meses después del fin del Frente Nacional, en 1975. Duró hasta el fin de la primera década del siglo XXI. Su fuente fue el narcotráfico, el cual se establecía en Colombia propiamente en el curso de los años de las presidencias de Carlos Lleras Restrepo y Misael Pastrana Borrero.

Había tres cualidades de la Nueva Violencia colombiana que la diferenciaban de la violencia tradicional en Colombia. Primero, le llegó al país desde afuera, mientras todos los conflictos anteriores habían sido autóctonos; segundo, cuando se inició la violencia surgida del narcotráfico nadie apreció que representaba una amenaza a la paz y la seguridad nacional, pese a que las guerras civiles Liberal-Conservador eran juzgadas como amenazantes desde sus primeros momentos; tercero, mientras los niveles de violencia incrementaban entre 1975 y la década de 1980, pocos colombianos percibían que aquel aumento se originaba en los dineros sucios del narcotráfico, mientras que, por el contrario, todos sabían de inmediato que los orígenes de las guerras civiles de los años anteriores se encontraban en los antiguos antagonismos partidistas.

Un cuarto e importante factor sirve para explicar la respuesta letárgica de Colombia frente al narcotráfico y su panoplia de males: Colombia fue el primer país en América Latina —quizás en el mundo— anfitrión de una presencia criminal masiva dedicada al comercio, altamente lucrativo e ilegal, del narcotráfico transnacional. Como unos cánceres que afligen al cuerpo humano, el narcotráfico colombiano creció con fuerza explosiva. Aquel cáncer en el cuerpo político colombiano se había metastizado antes de haber dado la primera señal de su virulencia. Aún peor, había de pasar más de una década después de su desenlace para que alguien lo reconociera como la fuente de la nueva turbulencia social en Colombia.⁴ Con razón el tratamiento

4 Jorge Orlando Melo, el traductor al español de *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988* de Daniel Pécaut señala que «la tesis del autor es que la crisis sin precedentes de las instituciones y la capacidad de diversos protagonistas para ampliar su dominio sobre diversos sectores sociales se deben sobre todo a un factor imprevisible: el desarrollo de la “otra economía”, la de la droga, frente a la cual el conjunto de la opinión colombiana adoptó durante mucho tiempo una actitud especialmente indecisa» (Pécaut, 1988).

de la enfermedad de la narcoviolenca en el cuerpo social colombiano fue tan ardua y dolorosa para el paciente.

Las primeras noticias sobre la incipiente industria del narcotráfico recibían poca atención en Colombia. En su edición del 17 de noviembre de 1966, *El Espectador* publicó un informe sobre el decomiso en Bogotá de marihuana por un valor de 30 000 USD. Cinco días después, la columnista Bertha Hernández de Ospina, quien escribía en *La República*, castigaba a *El Espectador* por haber mencionado el valor de la marihuana decomisada. Según su lógica, publicar información sobre el valor de la marihuana animaría «vagos y perezosos como tenemos» a cultivarla (cf. Hernández, 1970, p. 66).

Había poca mención pública sobre el cultivo de la marihuana durante la presidencia de Carlos Lleras, a pesar de que el cultivo de aquella hierba se incrementó en una forma exponencial entre 1966 y 1970. Este también fue el caso durante los años presidenciales de Misael Pastrana, al fin de los cuales los colombianos se referían a la Bonanza Marimbera en regiones caribeñas de su país. Cuando Pastrana salió de la presidencia, el DAS llevaba a cabo un estudio que identificó 131 pistas clandestinas en el norte de Colombia, todas dedicadas al transporte de la marihuana hacia los Estados Unidos. Mientras tanto, 64 barcos de carga se dedicaban al transporte de marihuana hacia el norte por el mar Caribe (cf. Castillo, 1987, p. 15). En 1974 Estados Unidos solicitó la ayuda de Pastrana para controlar los envíos masivos de marihuana, pero cuando Pastrana trató de actuar contra la nueva industria ilegal, oficiales en La Guajira protestaban porque la gente pobre de la región necesitaba los recursos que generaba la marihuana. El presidente dejó de insistir en los controles (cf. Castillo, 1987, p. 180).

Una vez conocido como un sitio donde la marihuana ilegal se vendía libremente, Colombia comenzó a ganar fama entre el gremio de los traficantes por ser «un país sin leyes», como dijo un estadounidense que traficaba con la marihuana (cf. Krauthausen, 1998, p. 408). Aquella percepción animó a los narcotraficantes del extranjero a llegar al país en busca de otras drogas ilegales, en especial la cocaína. Poca de esta se encontró en Colombia en los años 1969 y 1970. Pero como la demanda crea la oferta, para 1972 la cocaína de manufactura colombiana comenzó su flujo hacia los Estados Unidos.

Inicialmente su mayor proveedor fue un medellinense de nombre Alfredo Gómez. El resto de la nueva exportación fue surtido por el caleño Gilberto Rodríguez Orejuela.

Jóvenes criminales ambiciosos también querían participar en el nuevo negocio del narcotráfico, pero les faltaba capital —y la manufactura de la cocaína y su exportación al exterior fue complicada, costosa y peligrosa. Para jóvenes como José Santacruz Londoño y Pablo Escobar Gaviria, entonces, deseosos de participar en el negocio de la cocaína, el llamado de las FARC al secuestro extorsionista llegó como caído del cielo. Tan pronto se proclamó en agosto 1969, Luis Tamayo, del ELN, consiguió la colaboración de Santacruz Londoño, joven delincuente oriundo de Cali, en el secuestro extorsionista de los dos negociantes suizos. Muy pronto Santacruz se encontró con el rescate en mano, habiendo asesinado a Tamayo después de la entrega del dinero (*cf.* Castillo, 1987, p. 41). Así consiguió Santacruz Londoño el capital necesario para asociarse con Rodríguez Orejuela e iniciar a su lado la formación del cartel de Cali.

Diecisiete meses después del secuestro en Cali, en enero 1971, Pablo Escobar Gaviria, que tenía en ese entonces veinte años, secuestró en Medellín al industrialista Diego Echavarría. Escobar cobró un rescate de quinientos 500 000 USD y luego asesinó a Echavarría. El dinero permitió que Escobar organizara una cuadrilla con la cual tomó el control del comercio de la cocaína en Medellín. Los episodios Santacruz y Escobar revelan la relación entre la guerrilla revolucionaria y los narcotraficantes en Colombia. Y la violencia que ambos ejercían señala la sinergia entre personas fuera de la ley que impulsaron el nuevo brote de violencia en el país.

Los colombianos que participaban en las primeras fases del narcotráfico venían de todas las clases sociales, mientras la Colombia oficial hacía caso omiso al comercio ilegal. Mientras tanto, el Estado colombiano mismo fue cómplice en la creación de la nueva violencia. Cuando, en abril de 1972, Estados Unidos solicitó la extradición de un oficial consular en Nueva York, sindicado por el tráfico de quince kilos de cocaína, Misael Pastrana negó el pedido (Castillo, 1987, p. 180). Además, a lo largo de los primeros quince años de la Nueva Violencia, el Estado colombiano facilitó el lavado de dineros

del narcotráfico por lo que se apodaban «la ventanilla siniestra» en el sótano del Banco de la República en Bogotá. Aquella ventana, donde se cambiaron dólares americanos procedentes del narcotráfico, prestó servicio a los narcotraficantes hasta 1991. En 1974, cuando se abrió por primera vez, 166 000 000 USD pasaron por la infame ventanilla.⁵

Cuando el último presidente del Frente Nacional salió de la oficina, la suerte de Colombia ya estaba echada. Casi sin apreciarlo, el país había llegado a ser el principal exportador de drogas ilícitas en el hemisferio occidental. Lamentablemente, y como resultado, el país se encontró a punto de entrar en su nuevo ciclo de violencia, que iba a ser infinitamente más complejo, más duradero, y más difícil de controlar que aquél de 1947-1965. El primer acto en el drama, que se iba a extender hasta el 2008,⁶ ocurrió el 22 de noviembre de 1975, en Cali y en Medellín. Aquel día un envío de cocaína de 600 kilos, enviado desde Medellín, fue decomisado por la policía en el aeropuerto de Cali. Se valorizó en 27 000 000 USD, precio en las calles de los Estados Unidos. Durante la semana siguiente fueron asesinados, en Medellín y sus alrededores, más de cuarenta miembros de la comunidad traficante de la ciudad. Llegó a ser conocida como «la masacre de Medellín» y señaló el inicio de una nueva violencia colombiana (*cf.* Henderson, 2012, pp. 42, 86 y 342).

Conclusión

Los dos últimos presidentes del acuerdo bipartidista Liberal-Conservador, Carlos Lleras Restrepo y Misael Pastrana Borrero, gozaron del lujo de gobernar dentro del clima de paz que acompañó el fin del conflicto que se conoce en la historia como La Violencia. Aquellos mandatarios cooperaron para estabilizar y reorientar la economía

5 En 1977 se lavaron 722 000 000 USD a través de la «ventanilla» (*cf.* Pécaut, 1988, p. 277). La ventanilla siniestra se cerró en 1991, solo dos años antes de la muerte de Pablo Escobar Gaviria.

6 El gobierno colombiano declaró el año 2008 como el inicio del período de posconflicto, en un documento que se relaciona con el Plan Colombia, programa de ayuda estadounidense a Colombia (*cf.* Departamento Nacional de Planeación y Ministerio de Justicia y Seguridad, 2007).

de su país, dejando a la nación en una condición económica bastante aceptable. Desafortunadamente, e ignorado por ellos, a lo largo de su gestión administrativa, Colombia rápidamente llegó a ser el país latinoamericano líder en la exportación de las drogas ilícitas. Es una paradoja que a lo largo de aquel momento de paz (sino de tranquilidad) nacional, los dos últimos presidentes del Frente Nacional presidieron sobre un país dentro del cual se creaban condiciones propicias para el desenlace de un nuevo ciclo de violencia.

Referencias

- Arango, C. (ed.). (1984). *FARC. Veinte años. De Marquetalia a La Uribe*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Borja, J. (1991). Frente Nacional. Lleras Restrepo y Pastrana. En C. Calderón (ed.). *Gran Enciclopedia de Colombia, Tomo 2, Historia* (pp. 583-594). Bogotá: Círculo de Lectores.
- Castillo, F. (1987). *Los jinetes de la cocaína*. Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos.
- Currie, L. (1966). *Operación Colombia*. 2ª. ed. Barranquilla: Cámara de Comercio.
- Departamento Nacional de Planeación y Ministerio de Justicia y Seguridad (2007). *Colombia's Strategy for Strengthening Democracy and Promoting Social Development, 2007-2013*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Hartlyn, J. (1988). *The Politics of Coalition Rule in Colombia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Henderson, J. (2012). *Víctima de la globalización. La historia de cómo el narcotráfico destruyó la paz en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Hernández, B. (1970). *El Tábano*. Bogotá: Instituto de Estudios Sociopolíticos del Conservatismo Colombiano.
- Krauthausen, C. (1998). *Padrinos y mercaderes. Crimen organizado en Italia y Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Ocampo, J. (1975). The Present Stage of the Colombian Revolution. *Latin American Perspectives*, 2(3), 5-18.

- Pécaut, D. (1988). *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*. Bogotá: Siglo XXI Editores.
- Urrutia, M. (1991). La planeación y los órganos de decisión económica. En C. Calderón (ed.), *Gran Enciclopedia de Colombia, Tomo 8, Economía* (pp. 111-122). Bogotá: Círculo de Lectores.

Referencias de consulta

- Arenas, J. (1985). *Cese el fuego. Una historia política de las FARC*. Bogotá: Editorial la Oveja Negra.
- Asociación Nacional de Instituciones Financieras [ANIF] (1979). *Marihuana. Legalización o represión*. Bogotá: Fotolito Calidad.
- Ayala, C. (1995). *Nacionalismo y populismo. ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia*. Bogotá: sin casa editorial.
- Bowden, M. (2001). *Killing Pablo*. New York: Atlantic Monthly Press.
- Cohen, A. and Gunter, F. (1992). *The Colombian Economy. Issues of Trade and Development*. Boulder: Westview Press.
- Gugliotta, G. and Leen, J. (1989). *Kings of Cocaine—an astonishing true story of Murder, Money, and International Corruption*. New York: Simon and Schuster.
- Rubio, M. (2003). *Del rapto a la pesca milagrosa. Breve historia del secuestro en Colombia*. Bogotá: Universidad de Los Andes; Centro de Estudios sobre el Desarrollo (CEDE).
- Sandilands, R. (1990). *Vida y política económica de Lauchlin Currie*. Bogotá: Legis.
- Schwartz, H. (2000). *States versus Markets. The Emergence of a Global Market*. New York: St. Martin's Press.
- Villarraga, Á. y Plazas N. (1995). *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*. Bogotá: Gente Nueva Editorial.